

Manuel Johnson

Hace casi ochenta años, un "negrito de la línea", recién nacido, llegó, nadie sabe cómo, al Hospicio de Huérfanos. Nunca se supo quiénes fueron sus padres. Lo único que él recordaba, ya más grande, es que lo llamaban Manuel. Manuel a secas. No tenía apellido.

Cuando Manuel era un jovencito, salió del Hospicio. Pasó a servir a una casa y ahí terminó de crecer. Procuraba trabajar lo menos posible, pero hacía con gusto lo que se le pedía. Y meditaba mucho. Era, más que vagabundo, meditabundo. A tal extremo que parecía que la palabra meditabundo se había creado para describirlo a él.

Su trabajo, como todo en su vida, tenía algo de ritual. El mismo orden de cosas, las mismas horas para cada cosa. Pero, entre todo, había un rito mayor: a las tres de la tarde iba a traer el pan. Pasara lo que pasara, aunque lloviera a cántaros, Johnson —que éste fue el apellido que adoptó para poder votar en unas elecciones— salía a las tres en punto con su saco de manta a traer el pan. Iba siempre por el mismo camino y por cada esquina pasaba a la misma hora, como lo hicieron antes.

**Fernando
Trejos
Escalante**



En este camino, tenía que pasar por el frente de una fábrica de breva y cigarrillos. Y el guarda de la fábrica, que lo veía diariamente, le gritaba a su paso: "negro chumeca!"

Esto sucedió muchas veces. Nadie sabe cuántas. Pero aquel "negro chumeca" le hacía daño, aunque a nadie se lo decía.

Una de esas tardes, al pasar frente a la fábrica, el guarda repitió una vez más: negro chumeca! Manuel Johnson, con esa calma que le era tan característica, sacó de su bolsillo un revólver y disparó los seis tiros contra el guarda. Pero el viejo revólver de mi abuelo —de cuya gaveta lo tomó Johnson— estaba oxidado y ninguno de los tiros estalló. Lo cogieron preso, pero luego, por las circunstancias especiales, lo soltaron.

El guarda no volvió a gritarle negro chumeca. Nunca más.

En muchos aspectos Manuel Johnson fue una persona original, diferente. No le gustaban las mujeres de su color; sólo las blancas. Y para conquistar una mujer blanca resolvió hacerse rico en la forma que consideró más fácil: con la lotería. Dedicó sus años a hacer cálculos que le permitieran sacar un premio grande. Esos cálculos no debían haber estado malos porque logró obtener un premio mayor. Pero esto ocurrió cuando ya era un anciano. Así no pudo nunca conquistar a una mujer blanca.

Continuó con sus fantasías y sus meditaciones y murió soñando con tener una finca de unas treinta y seis manzanas, con unas treinta y seis vacas, que dejarían unos treinta y seis colonos diarios. Y comprando lotería en treinta y seis...

Hoy fuimos a enterrarlo. Él siempre deseó una bóveda de mármol blanco, pero con el mármol hacia adentro, para verlo cuando estuviera enterrado. No se le pudo enterrar en una bóveda así. Pero se le enterró al lado del abuelo. Del abuelo bueno al cual sirvió con fidelidad durante cincuenta años.

10 de setiembre.